

—Señor, qué bonito sería que Ud. tuviera una escuela para nuestros hijos!

—Sí, dijo el Sr. Oropeza.

—¿La tendremos?

—Vamos a ver eso, dijo el Sr. Oropeza.

—Sí, vamos a verlo, dijeron los dos.

## 2

Cierto día, delegados de la Colonia de la Bolsa se presentaron a la oficina del Comisario de Educación y sorprendieron al Departamento con la demanda de una escuela. Dijo el Sr. Vasconcelos:

—No tengo nada que darles, salvo una antigua cervecería en la Colonia de la Bolsa. Cójnala y hagan la escuela.

La última casa del distrito, eso era la vieja cervecería; la habían destruido los revolucionarios; las paredes y el cielo raso estaban en el suelo. El maestro reunió a los niños y les dijo:

—Hagamos una escuela.

Aprobaron la cosa. Limpiaron el sitio primero y a reconstruir. El maestro les mostró el modo de hacerlo. Con el pico sacó una piedra y se la llevó. Hicieron los niños lo mismo. No había organización. No había el haga Ud. esto, y a hacerlo el niño. Los niños sabían lo que había que reconstruir y todos hicieron lo que pudieron o quisieron. Hacían unos una cosa y otros, otra; y algunos en el día hacían una docena de cosas. Sentábase cuando estaban cansados y trabajaban cuando tenían ganas. Poco a poco los niños se dividieron en grupos. Arrancaban unos la yerba con las manos, otros acarreaban piedras, otros empujaban el carretillo y todos gozaban con eso. Cada grupo halló su jefe propio, y los niños con toda naturalidad lo llamaban un comisario. Y al llamarse comisario se sintió como tal y adquirió un sentido de responsabilidad y nuevas ideas. Había un comisario del carretillo y un comisario de amontonar piedra. Hubo tantos comisarios como ocupaciones y como grupos diversos concentrados para un asunto particular. Hoy un niño sería comisario de una cosa, mañana de otra; así el trabajo progresó gradualmente. De solo un cuarto los niños sacaron cuatrocientos carretillos de piedra y tierra, y todo lo hicieron en medio de la mayor alegría. Los niños del vecindario oyeron hablar de la gran empresa y vinieron a tomar parte en ella, porque con eso se gozaba.

En un rato habían limpiado el lugar, y los muros y cielos empezaron a reconstruirse, y los niños vinieron al maestro para decirle:

—Maestro, ¿hacemos esto?

—Sí.

El maestro añadió:

—Yo de enseñanza no sé nada. Lo que sé es que amo a los niños y que ellos me enseñan.

Y entonces los niños reconstruyeron las paredes y clavaron los cielos rasos. Sacada la tierra del interior de la escuela, empezaron la limpieza del exterior y a poco la limpieza siguió hasta las calles vecinas.

Desde los días de la creación esas calles no habían visto

una escoba, y la vez primera en que los chicos aparecieron barriéndolas fué una sorpresa para el vecindario. Ocasionalmente se puede ver ahora un adulto limpiando las calles con los niños, probando descubrir el secreto que hace a los niños tan retozones y felices en su labor.

Los cerdos del vecindario gozaban del privilegio de escarbar la basura que los niños recogían. Pero un día vinieron los niños y dijeron:

—¿Por qué no vienen los carretones a llevarse la basura que recogemos con la escoba?

Y el maestro dice:

—No lo sé.

Dice entonces uno de los niños:

—Vamos a buscarlo.

Y el maestro dice:

—Sí, vamos a buscarlo.

Uno de los niños que había visto una manifestación de trabajadores en la ciudad de México, dijo:

—Déjenos hacer una manifestación.

El maestro dijo:

—Sí, hagamos una manifestación.

Y la ciudad de México luego vio con sorpresa la presencia de novecientos granujas, limpios los pies descalzos, con letreros en que se pedía que los carretones de la basura la recogieran en la Colonia de la Bolsa. Y por eso ahora, todas las mañanas, a las cinco, vienen los carretones y recogen la basura que los niños juntos barren en la madrugada. Llegan los niños a las cinco de la mañana y en la escuela se quedan hasta la noche. Están obligados a llegar a las ocho y media. A esta hora llegan los maestros. Los niños se vienen apenas se despiertan. Y tan pronto como llegan buscan oficio. Barren unos, tiran de los carretillos otros, un grupo va a limpiar las calles, otros alistan la mesa para el desayuno. Todos están ocupados.

Así que limpiaron el patio y arrancaron las malas yerbas, uno de los niños, que del campo venía y había visto a su madre sembrar hortalizas, le dijo al maestro:

—¿Puedo tener un pedazo de tierra para sembrar hortalizas?

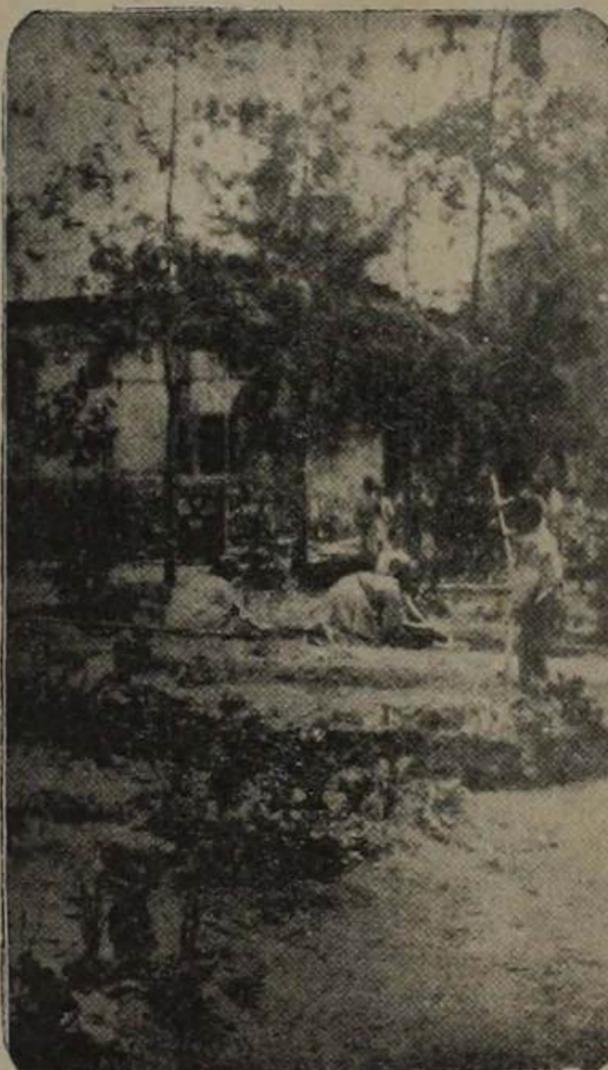
El maestro dijo:

—Sí.

Pronto otro quiso un pedazo de tierra, y otro y otro. En una palabra, todos quisieron tierra. Lo que ocasionó nuevos problemas. Había que repartir la tierra. Había que repartirla a medida que los niños la solicitaran. Así fué como surgió poco a poco un Comisario de Agricultura, que ahora tiene nueve auxiliares. El Comisario tiene veinte años de edad, es descalzo y de ojos negros.

Para adquirir tierra, los niños tenían que pedirla. Para que hubiera formalidad tenían que pedirla por escrito. De pronto se desarrolló el ansia de escribir. Fueron los niños al Sr. Oropeza y éste al Departamento de Educación a conseguir un maestro que enseñara la escritura. Tan pronto como pudo, un niño escribió al «Muy Honorable Comisario de Agricultura», pidiéndole un pedazo de tierra que cultivar de hortalizas en las mañanas.

No había normas al respecto y los niños escribían en un papel cualquiera y en el lenguaje poético que lograban in-



Trabajando en el jardín